Austeridad viril *vs.* consumismo afeminado: Quevedo ante el final del reinado de Felipe II

Henry Ettinghausen
Universidad de Southampton

Normalmente suele suponerse que las fuentes de una obra literaria son obras literarias anteriores, o como mínimo textos escritos u orales. Sin embargo, si aceptásemos la idea de que una fuente puede equivaler a cualquier tipo de inspiración, haría falta incluir en el concepto *fuente* el entorno sociopolítico e ideológico y la experiencia vital de un autor (o autora). Tal es lo que me propongo en el presente trabajo. Desde hace bastante tiempo me ha interesado el momento en que acaba el reinado de Felipe III y empieza el de Felipe IV, y en particular lo que representa ese momento tan crucial en la evolución profesional e ideológica de Quevedo[1]. Hoy, en parte en honor al cuarto centenario de la muerte de Felipe II, quisiera reflexionar sobre la importancia que revistió para Quevedo el cambio iniciado en 1598 por la sucesión de Felipe III, el cual, por cierto, no creo que fuese menos crucial para nuestro autor.

Es conocidísimo el drástico viraje dado por la imagen del gobierno de España al morir el Rey Prudente. Como recientemente ha afirmado Carmen Peraita, «La muerte de Felipe II (1598) marca en la percepción del hombre quinientista el fin de una época»[2]. Felipe II había actuado como el adalid de la Contrarreforma[3]. Sin embargo, ya antes de llegar a su fin, Felipe II se había visto obli-

[1] Véase, por ejemplo, Ettinghausen, 1997.
[2] Peraita, 1997, p. 14.
[3] «Muchos europeos de la época se indignaron ante una política que se proponía conservar la unidad católica del continente pero que al mismo tiempo mantenía el mismo continente bajo el control de España. [...] Felipe II comprometió los intereses materiales de la nación en la defensa de unos ideales religiosos, es decir ideológicos» (Perez, 1980, pp. 20-21).

gado por sucesivas crisis financieras a replegar su política nacionalcontrarreformista que había fracasado espectacularmente con la armada «invencible» y con la incapacidad de la fuerza militar española de contener el turco y de acabar con la rebelión de los holandeses. El final de su reinado y el comienzo del de su hijo se vieron marcados por las treguas y los tratados de paz firmados por España con Francia (1598), Inglaterra (1604) y Holanda (1609).

Resulta evidente que Quevedo se sintió incomodísimo ante esa situación. Poco antes de firmarse la paz con Inglaterra, nuestro autor había compuesto un soneto a Felipe III en el cual, entre otros sentimientos sangrientos, le había asegurado al regio Júpiter de la monarquía española: «Quiere en las venas del inglés tu espada / matar la sed al español sediento»[4]. Una de las primeras declaraciones políticas que nos ha dejado Quevedo –en su breve correspondencia en latín con Justo Lipsio, el veterano fundador del movimiento neoestoico– da claras muestras de su descontento con la situación política, tanto exterior como interior. Contestando a la carta erudita que en setiembre de 1604 le había dirigido el joven Quevedo, el filólogo flamenco había lamentado el hecho de que cuarenta años de guerra en los Países Bajos habían diezmado la flor de la milicia de Europa, y en particular la de España. En su respuesta Quevedo pone el énfasis, no en la posibilidad de ganar la guerra contra los protestantes holandeses, sino en la crisis sufrida por la sociedad española. Si los flamencos son presa de la guerra, los españoles lo son del ocio y de la ignorancia, y carecen de liderazgo político, pues *desunt qui verba faciant, non qui dent* (o sea, «aunque no faltan quienes dan consejos, faltan quienes los lleven a cabo»[5]). A su turno, en la última carta de esta breve pero importante correspondencia, Lipsio concurre con la opinión de su joven corresponsal, adaptando un verso de Horacio para declarar: *India capta, ferum victorem cepit* (es decir, «Conquistadas las Indias, han conquistado también ellas a su fiero vencedor»[6]).

Cinco años después, en *España defendida*, redactada el mismo año en que se firmó la tregua con los rebeldes holandeses, Quevedo reafirma esta misma noción, dando a entender muy a las claras que las inmensas riquezas ganadas por España en las Indias la han empobrecido y corrompido: «pobres, conquistamos riquezas ajenas; ricos, las mismas riquezas nos conquistan» (p. 524a[7]). En efecto, cabe leer *España defendida* en su contexto histórico: el mo-

[4] Véase el soneto «Escondida debajo de tu armada».

[5] Utilizo la traducción de A. Ramírez, 1966, p. 404.

[6] Traducción de A. Ramírez, 1966, p. 414.

[7] Esta cita de Quevedo, al igual que las restantes que se hallarán en el presente trabajo, proviene de Francisco de Quevedo, *Obras completas*, ed. Buendía, I, *Obras en prosa*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 524a. En adelante tan sólo cito (entre paréntesis) el número de página de esta edición.

mento en que el gobierno de Felipe III y el Duque de Lerma reconoce su incapacidad para sojuzgar a los holandeses protestantes. Para Quevedo y muchos de sus contemporáneos, dicho momento fue sumamente traumático, pues representaba una contradicción al concepto crucial de la conservación de la monarquía. Precisamente en *España defendida*, Quevedo declara que lamenta el debilitamiento de la noción de la conservación del imperio:

> Prolijo fuera y vanaglorioso en querer contar por menudo todas las cosas que nos sucedieron a los españoles gloriosamente en los días que han pasado, sin callar que ha habido hijo suyo que llora estos tiempos y el verla viuda en parte del antiguo valor, y osa decir que la confianza de haberle tenido introduce descuido de conservarle (p. 524a[8]).

Conviene recordar que el título completo del opúsculo es *España defendida y los tiempos de ahora*. Mientras que en los cuatro primeros capítulos se defiende encarnizadamente la reputación de España contra la opinión de sus detractores protestantes, en el quinto Quevedo no puede menos que lanzarse a una crítica feroz de las costumbres de la España de su tiempo[9]. Esta crítica quevediana consiste en la denuncia de la corrupción sociomoral, efecto del poder corruptor del dinero, cuya peor consecuencia es el debilitamiento del vigor nacional que promovió la Reconquista y aseguró la creación y conservación del imperio.

Al igual que otros coetáneos suyos, en particular los arbitristas, Quevedo se nos revela como obsesionado por la idea de que ya ha pasado el apogeo del imperio español. Que lo afirme explícitamente o no, le alucina la noción del eclipse inevitable de los imperios, siendo el ejemplo del imperio romano el que más frecuentemente aflora en sus escritos. La crítica de «los tiempos de ahora» que nos ha dejado en *España defendida* tiene como prólogo un comentario sobre el ocaso del imperio romano en el que se erige en necesidad primordial de la conservación de las monarquías la voluntad de defenderlas permanentemente en términos militares. En el pensamiento político de Quevedo la guerra no es un mal, sino un bien:

> Mientras tuvo Roma a quien temer y enemigos, ¡qué diferentes costumbres tuvo! ¡Cómo se ejercitó en las armas! ¡Qué pechos tan valerosos ostentó al mundo! Mas luego que honraron sus deseos perezosos al ocio bestial con nombre de paz santa, ¡qué vicio no se apoderó de ella! ¡Y

[8] Son notables las coincidencias entre estos y otros sentimientos expresados en el capítulo 5 de *España defendida* y en la célebre «Epístola satírica y censoria», escrita como mínimo unos doce años después.

[9] En un estudio reciente de *España defendida* Pablo Jauralde Pou analiza detenidamente el ataque quevediano contra los detractores de España sin detenerse en la ofensiva lanzada por Quevedo contra la España de su tiempo (véase Jauralde, 1997).

qué torpeza embarazó los ánimos que antes bastaron a sujetar el mundo! (p. 522a-b).

Ese «ocio bestial» que sumió en vicios al imperio romano es, desde luego, el mismo que Quevedo había denunciado en sus compatriotas en su primera carta a Lipsio: *Vos belli praeda estis. Nos otii, et ignorantiae* (o sea, «Vosotros sois presa de la guerra. Nosotros lo somos del ocio y de la ignorancia»[10]). En *España defendida*, refiriéndose sin duda a la paz firmada con Francia e Inglaterra y a la tregua firmada con los holandeses, Quevedo censura abiertamente lo que él llama «esta poca paz que alcanzamos en parte maliciosa» y anhela lo que denomina «el largo hábito a las santas costumbres de la guerra», afirmando rotundamente que «a mi opinión España nunca goza de paz: sólo descansa, como ahora, del peso de las armas, para tornar a ellas con mayor fuerza y nuevo aliento» (p. 522b). A la muerte de Felipe III, en el *Sueño de la Muerte*, Quevedo pondría en boca del Marqués de Villena una de las muchas censuras de los estragos causados por la paz que se rastrean a lo largo de su obra: «en tiempos de paz mandarán los poltrones, medrarán los vicios, valdrán los ignorantes, gobernarán los tiranos, tiranizarán los letrados, letradeará el interés, porque la paz es amiga de pícaros»[11]. Según ya afirmaba Quevedo en *España defendida*, las loables costumbres antiguas de España iban «más encaminadas a la virtud robusta y a las armas, que a la paz y sosiego y regalo» (p. 522b[12]).

Para Quevedo, la edad de oro de la monarquía española ocurrió «de quinientos y de cuatrocientos años a esta parte» (p. 523b), o sea en el siglo XII, culminando con la victoria crucial de la España cristiana en las Navas de Tolosa. En *España defendida* Quevedo evoca el mítico espíritu de una Reconquista que promovió la virtud robusta en todos los aspectos de la vida social. Según él, en el Fuero Juzgo medieval «se ven [castigadas] con rigurosas penas cosas que por nuestros pecados nos han persuadido los tiempos a que merecen premios» (p. 523b). Si bien la lengua española era menos sofisticada, era más digna y eficaz, pues los reconquistadores, «con pocas y mal limadas palabras, aunque más propias, tuvieron gloriosos pensamientos» (p. 523b). En la Reconquista se vio la prueba de la visión providencial de la historia a la que apunta nuestro autor: «Y así Dios, cuyo favor es premio justo de los buenos y castigo de los malos, peleó con algunos capitanes

[10] Traducción de A. Ramírez, 1966, p. 400.

[11] *Sueños y discursos*, ed. Crosby, 1993, p. 348. Para la cuestión de la promoción quevediana de una política beligerante en otros muchos escritos suyos, véase Ettinghausen, 1995, especialmente pp. 243-58.

[12] A continuación, Quevedo cita varios autores de la antigüedad clásica con el fin de demostrar que «Todos los antiguos escritores nombraron a los españoles entre las naciones más belicosas» (p. 522b).

y dio sus ángeles a otros. Él vence en todos los que vencen. [...] Milicia fuimos suya en las Navas de Tolosa» (p. 523b). Sin embargo, Dios, «con nuestro patrón Santiago», amparó no tan sólo a los reconquistadores sino también a los conquistadores: «a Gama y a Pacheco y a Alburquerque [...] en las Indias orientales», a Cortés en las occidentales y a Cisneros en la batalla de Orán[13].

Es en *España defendida* donde más clara y explícitamente Quevedo baraja cuestiones históricas, políticas, económicas, sociales y morales con el fin de explicar el estado de la nación. No resulta difícil reconocer que el «antiguo vigor», cuya ausencia lamenta Quevedo en sus coetáneos, tiene para él un valor polivalente que va desde la proeza militar hasta la virilidad sexual. Aunque, por supuesto, no se expresa en tales términos, Quevedo parece ver la causa del debilitamiento nacional en los comienzos de lo que hoy llamaríamos el precapitalismo, debido a la afluencia de enormes cantidades de plata y oro del Nuevo Mundo. Como él afirma aquí, recordando el estribillo de su famosa letrilla, «Alcanzan a todas partes las fuerzas del dinero» (p. 524a). Para Quevedo la sobrevaloración del valor monetario de las cosas está a la raíz de una corrupción generalizada de la sociedad que se traduce, entre otras cosas, en gula y juego, de manera que «en España heredan hoy a los más sus desórdenes y sus vicios antes que sus hijos, mujeres ni hermanos» (p. 524a). Sin embargo, de lo que más amargamente se queja Quevedo es del mal uso de la riqueza nacional, debido muy en especial a la vanidad femenina:

> Las mujeres inventaron excesivo gasto a su adorno, y así la hacienda de la república sirve a su vanidad. Y su hermosura es tan costosa y de tanto daño a España que sus galas nos han puesto necesidad de naciones extranjeras para comprar, a precio de oro y plata, galas y bujerías, a quien sola su locura y devaneo pone precio; de suerte que nos dejan los extranjeros el reino lleno de sartas y invenciones de cambray y hilos y dijes, y se llevan el dinero todo, que es el niervo y sustento del reino (p. 524b).

Este pasaje representa quizás la declaración más explícita de uno de los motivos más significativos de la proverbial misoginia de nuestro autor: la calidad de lastre económico que (a su parecer) revisten las mujeres. La mujer es una fuerza corruptora no tan sólo para el hombre (como lo fue paradigmáticamente Eva para Adán) sino para la nación entera. Son las mujeres quienes malgastan el patrimonio y acrecientan la deuda nacional, supeditando la misión político-moral española a sus indecibles frivolidades.

Sin embargo, hay más, pues los excesos de vanidad que conducen a que se gasten fortunas en ostentación personal no se limitan ya a las mujeres:

[13] Véanse las pp. 523b-524a.

> ... lo que más es de sentir es de la manera que los hombres las imitan en las galas y lo afeminado, pues es de suerte que no es un hombre ahora más apetecible a una mujer que una mujer a otra. Y esto de suerte que las galas en algunos parecen arrepentimiento de haber nacido hombres, y otros pretenden enseñar a la Naturaleza cómo sepa hacer de un hombre mujer (p. 524b).

En este contexto vale la pena recordar lo abominable que en la época se consideraba oficialmente la homosexualidad, pues la misma Inquisición era el tribunal que se encargaba de castigar lo que se denominaba el *pecado nefando.* No obstante, en lo que Quevedo pone el énfasis aquí es en la explotación financiera de las mujeres por parte de sus maridos, pues la corrupción moral es tal que muchas mujeres «hacen gala del adulterio, y algunos hombres tienen por oficio el ser maridos» (p. 524b).

Por suerte, afirma Quevedo, con Felipe III España tiene un rey «tan santo y tan justo y honesto, y ministros tan conformes a su virtud y tan celosos de su opinión y del servicio de Dios y del aumento del reino» (p. 525a). No obstante, resulta difícil creer que estos elogios tan efusivos no contengan una buena dosis de ironía, pues lo que ofrece Quevedo al rey en el cuarto capítulo de *España defendida* es la visión de un imperio en franco declive, de una monarquía que ha abandonado definitivamente la misión de una Contrarreforma beligerante defendida contra viento y marea por Felipe II. Quizás lo más significativo de *España defendida* consista en cómo esa acérrima defensa de la reputación de la nación se convierte, al llegar su autor a tratar del presente en que vive, en esta amarga y virulenta diatriba contra lo que él considera como la corrupción sociomoral en la que se han sumido sus compatriotas al traicionar el programa político-religioso que él considera como el destino providencial de España. A mi ver, es en el cambio tan radical de política que acompaña la muerte de Felipe II y el fin del siglo XVI donde hay que buscar una de las raíces más profundas de la razón de ser de su producción literaria en toda su enorme extensión y variedad. En particular, ahí –creo– es donde brota esa doble vertiente tan poderosa de sátira implacable y de moral ascética.

A *España defendida* le rezuma nostalgia por un pasado medio imaginario en el que los hombres eran hombres, y las mujeres eran matronas a la romana. Como procuraré indicar, el reinado de Felipe II representa para Quevedo el final de ese pasado idealizado, siendo lo que él llama «los tiempos de ahora» la realización de su pésima pesadilla. Si la Reconquista representaba para Quevedo el punto final de una lucha centenaria político-ideológica contra el principal estorbo a su visión de España una, grande y católica, los reinados de Carlos I y Felipe II significaban la continuación del mismo proceso a lo largo y ancho del imperio español. Hijo de

padres que pertenecían a la administración cortesana de Felipe II, no es de extrañar que Quevedo se sintiese profundamente escandalizado por el cambio de costumbres que constituyó la primera *movida* de la historia madrileña. La repugnancia que le produjo el espectáculo del consumo ostentoso de la sociedad encabezada por Felipe III, el Duque de Lerma y sus deudos y amigos aflora con una virulencia volcánica a lo largo de las obras más impresionantes de su juventud y apenas si afloja en las de su vejez.

Una de las constantes más evidentes en su producción literaria es precisamente la defensa de valores militantes, puritanos y estoicos y, como contrapartida, la sátira de novedades, herejías, extravagancias y tonterías[14]. Es en *España defendida* donde más claramente se combinan por primera vez ambas series, aunque en esa obra hay una vasta disyuntiva entre las dos, quedando completamente inconexos la España glorificada, que se defiende de manera contumaz, y «los tiempos de ahora», que se vilipendian despiadadamente. En su sátira de la España «de ahora», *España defendida* entronca directamente con los primeros *Sueños* y el *Buscón*, pero vale la pena observar hasta qué punto esa valoración negativa de España, y más particularmente de la Corte madrileña, aparece también en algunos de los escritos más tempranos atribuidos a nuestro autor[15].

Muchos de sus primeros escritos pueden parecer superficiales y hasta frívolos. Tal es sin duda el caso, por ejemplo, de *Gracias y desgracias del ojo del culo*, pero también lo puede ser de obritas como *Desposorio entre el Casar y la Juventud, Origen y definición de la necedad, Premáticas y aranceles generales* o *Carta a una monja*. Sin embargo, otros escritos tempranos hay que ya dejan entrever algunas de las serias preocupaciones que acompañarían a nuestro autor a lo largo de su vida. Es, por ejemplo, el caso de *Capitulaciones matrimoniales. Vida de corte y oficios entretenidos en ella*, pues le antecede una carta dirigida a un amigo en la cual, refiriéndose al «presente siglo», el autor afirma que escribe la obra «para que en ningún tiempo podáis formar de mí queja de que no os doy aviso de la corrupción de su trato» (p. 49b). La corrupción a que se refiere se resume en la visión que ofrece de una hermandad de mendigos fraudulentos que recuerda la pandilla de don Toribio y compañía en el *Buscón* y la de Monipodio en *Rinconete y Cortadillo*. Juan, el pícaro protagonista de las *Capitulaciones*, se presenta como sumido en un mundo del hampa poblado de muchos de los espantajos que aparecen en los *Sueños*, entre los cuales se cuentan,

[14] Para la defensa de valores militantes, y en particular militares, por parte de Quevedo, véase Ettinghausen, 1995, especialmente pp. 241-57.

[15] Sin embargo, dificulta el estudio de su obra temprana la inseguridad con que se le atribuyen algunos opúsculos supuestamente suyos, al igual que su datación.

desde luego, «maridos mujeres» y «mujeres maridos» (p. 50b). El afeminamiento es un *leit motiv* que corre por este opúsculo, siendo dos de sus principales blancos hombres llamados «figuras artificiales» y «figuras lindas». Aquéllos «usan bálsamo y olor para los bigotes, copete, guedejas y aladares, [...] mucho jaboncillo de manos y pelotilla de cera de oídos» (p. 52b), mientras que éstos «Conténtanse con traer un azulado cuello abierto, repasándolo cada día seis veces, puños grandes, ligas de roseta, sombrero francés, un listón atravesado, un palillo en la oreja» (p. 55a). En otras obras que se atribuyen al joven Quevedo (por ejemplo, en las *Epístolas del caballero de la Tenaza*) se satiriza directamente la vanidad de las mujeres y (por ejemplo, en la *Carta de un cornudo a otro*) la explotación financiera de sus mujeres por parte de maridos consentidos.

Donde el propio Quevedo contrasta más explícitamente a Felipe II con su hijo es en los concisos retratos de ambos monarcas que se hallan al final de los *Grandes anales de quince días*, en los que en 1621 hace el balance del reinado de Felipe III. De Felipe II hace un retrato totalmente elogioso. Comparándolo implícitamente con su hijo, Quevedo nos dice que Felipe II «trató con facilidad las armas donde hizo guerra, y acompañó los soldados» y «era más formidable cuando solo trataba consigo las razones de Estado, que acompañado de fuerzas y gente» (p. 760a). Su aspecto físico imponía respeto, «pues con el mirar decretó muchas veces castigos». Además, incluso en su vejez siguió reinando por su propia cuenta, pues «enfermo y retirado fue árbitro de la paz y de la guerra». Otro contraste más con su sucesor consistía en su buen juicio a la hora de elegir consejeros, ya que «eran tales sus ministros que ninguno para la calumnia quedó desabrigado con su muerte, ni la mocedad que siguió a sus días dejó de respetar en ellos la elección de aquel gran rey». En cuanto a su trato, «daba y no vertía; premiaba méritos, no hartaba codicias» (p. 760b). El carácter elogioso de este retrato moral de Felipe II se pone todavía más de relieve cuando inmediatamente después se lee el de su hijo, pues, aunque se le alaba por las acciones bélicas que se emprendieron en su nombre, se le condena claramente como persona y como monarca: «con docilidad crédula se aplicaba a lo que querían las personas de quien se confiaba, y a la caza y al juego [...]. Hablar de su condición es procesar a los que se la descaminaron. [...] Tuvo el entendimiento sitiado, y no obedecido» (pp. 761b-762a). Antes, Quevedo había observado que, con el fin de alejarse del mal ejemplo del gobierno de Felipe III y Lerma, con el cual había quedado afeada la palabra *privado*, Felipe IV y Olivares pretendían ahora seguir el ejemplo del Rey Prudente: «Prometen los que hoy sirven (tanto es menester rodear por no decir privados, que ha quedado esta voz aciaga y achacosa y formidable), prometen, digo,

que han de volver al [*sic*] estilo del gobierno al tiempo de Felipe II, nivelándose por su providencia» (pp. 740b-741a).

Política de Dios, el tratado político más importante de nuestro autor, nos ofrece implícitamente el elogio de Felipe II y la condena de Felipe III. Además de su crítica de los privados que dominan a los reyes, Quevedo lamenta aquí también la falta de voluntad por parte de la clase gobernante de realizar su visión triunfalista de la España católica e imperial: «No es impracticable la milicia de Cristo; nosotros no queremos practicarla» (p. 693a). Dedicada a Felipe IV y a Olivares al mismo tiempo que los *Grandes anales de quince días* y el *Sueño de la Muerte*, y publicada con un enorme éxito editorial en 1621, al llegar ellos al poder, la Primera Parte de *Política de Dios* denuncia, sin mencionarlos por un momento, el mal gobierno de Felipe III y de su codicioso privado, el Duque de Lerma. En su dedicatoria a Felipe IV, Quevedo pasa revista a sus antecesores inmediatos. Si por una parte destaca en Carlos I su valor bélico y en Felipe III su «clemencia, piedad y religión», Quevedo propone a Felipe II como modelo del monarca prudente que supo hacerse respetar: «Mucha imitación os ofrece Felipe II, si quisiéredes militar con el seso, y que valga por ejército en unas partes vuestro miedo y en otras vuestra providencia» (p. 529b). Por *providencia* resulta evidente que Quevedo entendía algo muy próximo a la proverbial prudencia de Felipe II, una cualidad que en Felipe III brillaba por su ausencia.

No creo que sea del todo inverosímil ver en la atracción que tuvo para Quevedo la filosofía moral de los estoicos (en especial, la de Séneca y Epicteto) una forma de apego por su parte a los valores representados por el gobierno ideológicamente tan duro y puro de Felipe II. La misma reacción tan espectacularmente imperturbable del monarca al enterarse del desastroso fracaso de la Invencible podía interpretarse como un soberano acto de heroísmo estoico: una resignada aceptación de lo peor que le podía enviar el hado o la providencia. La imagen del monarca que dirigía, en persona y aislado del mundanal ruido, el imperio más vasto que jamás se hubiese visto recuerda la del sabio estoico retirado del bullicio cotidiano pero dueño de su propio destino e inmune a las tentaciones y los temores del mundo. Esto es precisamente lo que asevera Quevedo en la carta que dirigió a su amigo Lorenzo van der Hamen y que se publicó al frente del libro de este último, titulado *Don Felipe el Prudente*, publicado en Madrid en 1625. En dicha carta Quevedo habla del rey como «del mejor hombre, del más prudente príncipe, del más atinado seso que examinaron la prosperidad y grandeza, el odio y la envidia, con el ocio sospechoso de la paz y la confusión de la guerra» (p. 460a). (Nótese cómo Felipe II está a prueba de los peligros tanto de la paz como de la guerra.) Luego ofrece el siguiente elogio suyo, en el que se desta-

can las virtudes estoicas de constancia y autosuficiencia ante la adversidad: «Las acciones suyas nacieron en todo suceso con ponderación; su talento, retirado y combatido de inquietudes domésticas, y sitiado de desabrimientos de la edad, valía por ejércitos; era su semblante ejecutivo, y su silencio elocuente, y su paz belicosa» (p. 460a).

Quizás más todavía que para sus coetáneos, para los súbditos de su hijo y su nieto Felipe II se convirtió en un mito de abnegación personal y de dedicación total al oficio real. Como apunta Carmen Peraita, en el reinado de Felipe III se hace «más legendaria el aura de austeridad y dedicación de Felipe II», quien «se transforma en un modelo de monarca para la nueva generación ministerial de Felipe IV»[16]. Incluso la intransigencia beligerante que le condujo al Rey Prudente a llevar a su gobierno más de una vez a la bancarrota podía parecer, a quien compartía su visión ideológica, una inmutabilidad estoicista envidiable y totalmente merecedora de alabanza y orgullo nacional. Su misma vestimenta tan terriblemente sobria debía de reforzar esa imagen de austeridad y firmeza puritanas que procuraría reinculcar el gobierno de Felipe IV con sus intentos de controlar el gasto superfluo en artículos de lujo, entre los que figuraban precisamente telas y adornos extravagantes. No podría ser más emblemático el cambio de ropaje adoptado por su hijo, que formaba el elemento más visible del cambio tan rotundo operado en la dirección políticosocial de la nación. Hasta la construcción de El Escorial –a la vez última residencia del rey aislada del mundo y panteón de su padre el emperador– recuerda las nociones tan arquetípicamente estoicistas de la autosuficiencia y la aceptación de la muerte como algo inevitable que conviene afrontar sin miedo. Resulta significativo el hecho de que la única crítica dirigida por Quevedo contra Felipe II consista precisamente en lo que él parece haber considerado como la extremada extravagancia de la construcción de El Escorial, pues, a diferencia de la mayoría de los escritores de la época, que suelen alabar el monasterio como una nueva maravilla del mundo, en el *Chitón de las tarabillas* nuestro autor denuncia la fortuna gastada por el monarca en «el Escurial y otras niñerías» (p. 813b).

Por desgracia, aquí y ahora apenas si he tenido tiempo siquiera para esbozar lo que entiendo por la dicotomía virilidad-afeminación en lo que toca a las ideas político-morales de Quevedo. Sin embargo, creo que a los que conocen su obra no les costará mucho identificar toda una serie de actitudes e ideas que reflejen dicha dicotomía. Por una parte, tenemos la nómina de los héroes venerados por nuestro autor: entre los antiguos, el protoestoico Job, los filósofos estoicos Epicteto y Séneca, y los estoicistas Escé-

[16] Peraita, 1997, p. 41. Véase también Bouza Álvarez, 1994, pp. 37-72.

vola, Catón, Marco Bruto, Lucrecia y Porcia; entre los españoles modernos, aparte de Felipe II y su padre, el denodado Duque de Osuna y algún que otro ilustre soldado de su época[17]. Por otra, tenemos una lista interminable de tipos antiheroicos, entre los que cabría incluir los matrimonios denunciados en *España defendida*, junto con la casi totalidad de los personajes que pululan en las obras jocosas, burlescas y satíricas de nuestro autor, tanto en verso como en prosa, incluyendo desde luego prácticamente todos los que ocupan los *Sueños* y el *Buscón*: gente sin escrúpulos, el protolumpenproletariado, las heces de la nueva sociedad urbana, fruto amargo de un precapitalismo fallido[18].

Con el final del reinado de Felipe II, llega un momento definidor para el joven Quevedo, quien, junto con los arbitristas, se ve sumido en un pesimismo que el brillo superficial de la Corte de Felipe III no hace más que acrecentar. Sin embargo, a diferencia de los arbitristas, Quevedo no se dedica tanto a proponer remedios como a vituperar los males de la ostentación y el materialismo consumistas del fin de siglo liderado por los mismos gobernantes de la nación: males para los que su afición neoestoica le debía parecer el único antídoto posible. Como él mismo dice en su proemio a *La cuna y la sepultura*, fechado en 1633, la filosofía de los estoicos era «útil y eficaz y verdaderamente varonil y robusta, y que aun en la idolatría animó con esfuerzo hazañoso las virtudes morales» (p. 1192a). A la blandura viciosa había que oponer la robustez moral, una «varonilidad» –si se me permite la expresión– heroica capaz de vencer una feminidad pecaminosamente débil. «Yo no tengo suficiencia de estoico, mas tengo afición a los estoicos» (p. 978b), confesaría Quevedo en su *Doctrina estoica*. Quizás no sea del todo descabellado pensar que la notoria misoginia de nuestro autor tuviera, entre otras cosas, bastante que ver no tan sólo con su noción contrarreformista de la política española[19], sino también con su aspiración estoicista. Por peligroso que sea ceder a la tentación de insistir en la coherencia de todo el *corpus*

[17] Véanse, por ejemplo, sus sonetos funerales a don Melchor de Bracamonte («Siempre, Melchor, fue bienaventurada») y don Fadrique de Toledo («Al bastón que le vistes en la mano»). En cuanto a los héroes de Quevedo que he denominado estoicistas, nótese el siguiente pasaje del *Marco Bruto*: «No puedes negar que el tener las almas capaces de muerte en los gentiles, hizo inmortales y gloriosos y aclamación de todos los siglos y naciones a Scévola, a Lucrecia, a Catón, a Sócrates y a Marco Bruto, y a otros muchos» (p. 1398a).

[18] Amédée Mas recopiló hace años textos pertinentes en *La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo*, 1957. Entre un sinfín de ejemplos, podríamos citar las letrillas satíricas «La morena que yo adoro / y más que a mi vida quiero, / en verano toma el acero / y en todos tiempos el oro»; «Solamente un dar me agrada, / que es el dar en no dar nada»; «Vuela, pensamiento, y diles / a los ojos que más quiero, / que hay dinero».

[19] Para un esbozo de las posibles conexiones entre ideas estoicistas sobre política y moral en Quevedo, véase Ettinghausen, 1995, pp. 256-58.

quevediano, no cabe duda de que hay un buen número de constantes ideológicas que aparecen de forma casi invariable a través de su obra. Buen ejemplo de ello sería un pasaje comentado hace poco por Santiago Fernández Mosquera en su excelente análisis de las perturbaciones literarias en la exégesis ideológica de la obra de Quevedo. El pasaje en cuestión es particularmente significativo por reflejar en uno de los últimos escritos de nuestro autor (el *Marco Bruto*) la idea clave que hemos comentado aquí partiendo de uno de los primeros (*España defendida*). Se trata de su ensalzamiento de Porcia, la esposa de Bruto, una mujer estoica que para Quevedo constituye obviamente la excepción que confirma la regla:

> Los hombres que han sido afeminados, han sido torpísimo vituperio del mundo. Las mujeres que han sido varoniles, siempre fueron milagrosa aclamación de los siglos; porque, cuando es de ignominia renunciar lo bueno que uno tiene, es de gloria renunciar lo malo y flaco. Porcia, mujer de Marco Bruto, fue tan esclarecida, que en sus acciones más pareció Catón que hija de Catón; antes Marco Bruto que su mujer; pues, siendo el natural de todas las que lo son derribado a las niñerías del agasajo, y sólo atento al logro de su hermosura, y a la hartura de su deleite, y a la servidumbre de su regalo, ésta, codiciosa de penas y ansiosa de cuidados [...] Tuvo por afrenta que no la juzgase Bruto digna de padecer con él, y capaz de cuidados homicidas (p. 848a[20]).

O sea, puede aspirar al heroísmo tan sólo la mujer que logra poner en práctica la filosofía moral de los estoicos, es decir, una mujer verdaderamente varonil y robusta.

[20] Véase Fernández Mosquera, 1997, p. 161, n. 8. Contrástese con esta imagen heroica de Porcia la visión grotesca de dos mujeres varoniles del hampa que empieza: «Helas, helas por do vienen / la Corruja y la Carrasca, / a más no poder mujeres, / hembros de la vida airada».

BIBLIOGRAFÍA

Bouza Álvarez, F., «La majestad de Felipe II: construcción del mito real», en J. Martínez Millán (ed.), *La corte de Felipe II*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 37-72.

Ettinghausen, H., «Ideología intergenérica: la obra circunstancial de Quevedo», en Santiago Fernández Mosquera (ed.), *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1995, pp. 225-59.

Ettinghausen, H., «Quevedo ante dos hitos en la historia de su tiempo: el cambio de régimen de 1621 y las rebeliones de catalanes y portugueses de 1640», en L. Schartz y A. Carreira (eds.), *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, pp. 83-109.

Fernández Mosquera, S., «Ideología y literatura: perturbaciones literarias en la exégesis ideológica de la obra de Quevedo», *La Perinola. Revista de Investigación Quevediana*, 1, 1997, pp. 151-69.

Jauralde Pou, P., «Una aventura intelectual de Quevedo, *España defendida*», en L. Schwartz y A. Carreira (eds.), *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, pp. 45-58.

Mas, A., *La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo*, París, Ediciones Hispanoamericanas, 1957.

Peraita, C., *Quevedo y el joven Felipe IV: el príncipe cristiano y el arte del consejo*, Kassel, Reichenberger, 1997.

Perez, J., «Felipe II ante la historia. Leyenda negra y guerra ideológica», en H. Kamen (ed.), *La imagen internacional de la España de Felipe II*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1980, pp. 15-34.

Quevedo, Francisco de, *Obras completas*, ed. de F. Buendía, vol. I, *Obras en prosa*, Madrid, Aguilar, 1961.

Quevedo, Francisco de, *Sueños y discursos*, ed. de J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 1993.

Ramírez, A., *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*, Madrid, Castalia, 1966.